



CAPÍTULO III.

EN EL CUAL EL LECTOR VUELVE Á EN-
CONTRAR Á UNA CONOCIDA SUYA.

REDUCIDA por las circunstancias de mi familia á vivir por cierto tiempo en un pueblo corto, cuando apenas tenía yo diez y seis años, quiso mi mala suerte hacerme esposa de un hombre con quien jamás me ligaron los vínculos del cariño.

—Mi inexperiencia, y no sé qué ofuscamiento fatal por parte de mis padres, decidieron este enlace de una manera violenta.

—Cuando se tiene diez y seis años, señora,

está uno muy lejos de imaginarse que haya en la vida otra cosa que delicias y comodidades, especialmente cuando ni un día solo se ha probado la amargura de un desengaño.

—Yo me creí feliz, pero ¡ay! cuánto me engañaba; creí que mi marido iba á sustituir el cariño de mis padres y que podría yo amarle sin echar de menos los mimos á que estaba acostumbrada.

—Muy poco tiempo tardé en perder estas ilusiones y en ver que el matrimonio era para mí una carga insoportable; mi marido cambió desde los primeros días, y de atento y amable, se convirtió en déspota absoluto, en tirano, en verdugo. No abrigaba en su alma más pasión que la de los celos; y esta pasión, señora, cuando arraiga en un corazón como el de mi marido, es el infierno mismo.

Hizo aquella mujer una pequeña pausa como para tomar aliento, y continuó:

—Debo advertir á usted, señora, porque mi aspecto lo desmiente ya del todo, que yo era hermosísima.

—No lo dudo, dijo doña Refugio, ni lo

dudará quien estudie los rasgos de la fisonomía de usted.

—Mi familia hubo de abandonar el lugar donde me casé y quedé sola; sola y á merced de aquel tigre que me había tocado por suerte.

—Sufrí en silencio y lloré, lloré sin cesar; mi marido se enclababa de su sombra, del viento, de la luz, de todo, por que se había apoderado de él una monomanía feroz, sin más origen que mi funesta hermosura.

—Así sufrí tres años.

—Durante este tiempo, mis ojos se cansaron de llorar, yo no encontraba apoyo en nadie, á nadie veía y mi consuelo era orar; pedía consejo al párroco del lugar, pero siempre me prescribió la prudencia como único recurso.

—Relatar á usted las horribles escenas que diariamente tenían lugar, y á las que daba origen esa infernal pasión, sería cansar la atención de usted, señora, abusar de la bondad con que me escucha.

—La escucho á usted con interés indeci-

ble y estoy dispuesta á cíc á usted hasta el fin.

—¡Ay señora! la desgracia tiene un aspecto tan repugnante, que los que son felices no pueden comprender á los que lloran.

—Yo la comprendo á usted, dijo conmovida Doña Refugio, yo también he sufrido; continúe usted, se lo suplico.

—Gracias, señora, mil gracias....

La desconocida se enjugó los ojos y continuó:

—Un día, un día de tantos, lloraba yo sola contando con que mi marido no me vería; pero me espiaba y mi llanto fué de pronto interrumpido por un golpe en la cabeza; me creí víctima de algún ataque cerebral; pero su voz, señora, su voz de tormenta resonó en mi estancia.

—Te he estado observando, rugía, y te he visto llorar; te he prohibido que llores y lloras siempre por.... lloras porque amas á alguno, lloras porque eres ingrata, porque me odias; pero me perteneces ¿lo entiendes? ¿y sabes lo que es pertenecerme? es ser

mía, es no respirar sino por mí y no tener ni lágrimas, ni sonrisas sino por mí.

—Pues por tí lloro, exclamé.

—¡Mientes! rugió mi marido, tú no lloras por mí, porque lo tienes todo; pero debes entender que te vigilo, que te espío, que observo lo que haces.

—¡Qué hombre! ¡Dios mío! ¡qué hombre! murmuró doña Refugio.

—Aquel día acabó por golpearme, continuó la desconocida; vea usted mi frente.

En efecto, en la frente de aquella mujer había una pequeña cicatriz.

—Me estrelló un vaso en la cabeza ¡ay! me hubiera matado!...

—Esto pasaba con frecuencia, llegando al grado de no poder dormir ni comer en varios días y sufriendo todo, sin la intervención de nadie, sin un amigo, sin un pariente, sin el amparo eclesiástico que imploré mil veces en vano, sin el amparo judicial, porque la justicia del pueblo estaba sometida á la voluntad de mi marido.

—Sometida, callada y sufriendo siempre,

BIBLIOTECA DEPOSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 BONTERRER, MEXICO

36220

no había pensado sin embargo en cambiar de género de vida, ni en libertarme de tan horrenda tiranía; pero una mañana, la recuerdo como si hubiese sido hoy, ví un hombre.....

—Señora.... en los ojos de aquel hombre leí como un aviso sobrenatural; me pareció que había venido al mundo para redimirme, no sé qué de salvador vi en sus ojos; no sé qué de grande y de terrible en su aspecto, y lo vi.....

—El leyó también en mis ojos tal vez algo como la plegaria de un náufrago.

—No fui dueña de mí misma: le pertenecí.

Yo nunca había luchado, no sabía luchar; nunca había amado, no sabía amar; y fanatizada por una creencia fatal, me creí salvada, me pareció que era yo feliz, me sentí fuerte, me sentí con valor..... amaba.

El amor, señora, era para mí un mundo nuevo y en aquel hombre veía algo mas grande que el mundo; se hizo preciso huír.... él lo quería, él lo mandaba y él..... era mi

rey..... Obedecí..... era preciso ocultar el fruto de nuestro amor que le pertenecía; me dijo que nos iríamos y lo esperé..... lo esperé, señora, y lo he esperado diez años.

—¿No ha vuelto? preguntó doña Refugio.

—No, señora.

—¿Y el.....

—¿Mi hijo? mi hijo, dijo aquella mujer bajando mucho la voz; cometí un crimen.

—¡Cómo!

—Dejé que me lo arrebataran y no me volví loca; supe que me lo habían quitado y seguí viviendo; pregunté por él y no me respondieron.

—¿Y su marido de usted?

—Lo busqué para decírselo, para confesarle mi crimen y que me matara; pero el destino lo alejó de mi lado, y mis cómplices..... porque el crimen siempre tiene cómplices, pudieron ocultarlo todo, todo, señora, hasta mi hijo.

—Me postró la fiebre puerperal, durante la cual murió la mujer que se llevó á mi hijo,

la única que sabía donde estaba, y lo perdí.

—¿Y su marido de usted?

—Los celos lo hicieron borracho, y en medio de este horrible vicio, jugó y se arruinó, se enfermó y está idiota; vive en una casa de asilo.

—¿Y su familia de usted?

—He sabido después que mi marido para explicar sus celos, me calumnió..... me calumnió, señora, antes de que hubiera yo sido criminal y logró que mi familia me abandonara; me lloró muerta..... no, muerta sería mejor; me lloró prostituída.

—¿Y no ha vuelto usted á saber nada de su hijo?

—Sí, señora, he sabido de él, lo voy buscando y lo buscaré hasta el fin del mundo, hasta que se me acaben los piés y la tierra; ya aprendí á caminar y camino.

Aquí pareció que la voz de la desconocida se embargaba y que le faltaban las fuerzas, porque dejó caer los brazos como desfallecida.

Doña Refugio la obligó á pasar al come-

dor que á la sazón estaba solo, pues ya todos los convidados se habían retirado á sus habitaciones.

Pareció á doña Refugio conveniente dejar sola á la desconocida por unos momentos, los cuales aprovechó en reunirse con las personas con quienes había interrumpido su conversación, con motivo de aquel incidente.

Tanto las dos señoras como los dos caballeros, se habían quedado esperando con impaciencia que doña Refugio acabara su larga conferencia con aquella desconocida.

—Yo creo que se trata de amores, decía uno de los caballeros.

—En todo ha de sacar usted los amores, objetó una señora.

—Es natural, yo en todo procedo de esa manera: «¿quién es ella?»

—En fin, decía otra de las señoras, doña Refugio nos va á informar detalladamente de lo que pasa, pues al efecto ha querido quedarse sola con la desconocida, para ave-

riguar hasta los mas insignificantes pormenores.

—De todos modos es bueno que un incidente que toca en lo dramático, haya venido á turbar la monotonía del camino: por mi parte estoy interesadísimo en ese asunto, siquiera porque me dará materia para escribir un artículo de viaje, conteniendo un episodio novelesco.

Aquellas cuatro personas no se ocuparon en todo el tiempo que duró la conferencia, sino en hacer conjeturas sobre el asunto, observando desde lejos los menores movimientos de la desconocida.

Al fin, volvió doña Refugio.

—Ya viene, dijo uno.

—Ahora sí, todo lo vamos á saber.

—¿Qué es ello? señora doña Refugio.

—¿Es realmente una mujer...

—Es una desgraciada ó una perdida?

—Cuéntenos usted, señora.

—Ahora es cuando entra la parte divertida.

|| Si será alguna petardista.

—O alguna espía de los ladrones.

—¡Señores! dijo gravemente doña Refugio bajando la voz, señal infalible en esta señora de que se trataba de asuntos graves: exijo de ustedes el respeto debido á la desgracia; esa señora está bajo mi protección y sus secretos no me pertenecen.

Reinó el silencio en el grupo, en seguida doña Refugio saludó y regresó al comedor, en donde la esperaba la desconocida, la que como habrá comprendido el lector, no era otra que Salomé, la madre de Gabriel.

Apenas se hubo retirado doña Refugio, una de las señoras exclamó:

—Nos ha dejado con un palmo de narices! ¡vaya usted á ver! tomar tan á pechos la historia de una desconocida, y salirnos ahora con que sus secretos no le pertenecen á doña Refugio.

—¡Lástima de tiempo! dijo la más joven de las señoras; he aguantado mi sueño inútilmente.

—En fin, dijo la otra, es necesario con-

formarse, no sabemos qué será lo que pueda haber en esto.

—Yo creo que ha resultado... nada, nada, vale más esperar porque la curiosidad es una cosa que impacienta.

Y aquellas cuatro personas se despidieron, proponiéndose cada una en su interior averiguar aquel misterio.



CAPÍTULO IV.

DE LO QUE LES ACONTECIÓ Á LOS
VIAJEROS EN UNA MALA TARDE.

DOÑA Refugio fué la primera que se levantó al día siguiente, y solicitó hablar con Carlos para arreglar la conducción de Salomé.

Apenas estuvieron levantados los viajeros, comenzó á circular la anécdota de la noche anterior, comentándola cada uno á su manera.

Castaños y Luisita, que movidos por los mismos instintos de curiosidad congeniaban en ese y en otros puntos, y que además